

gando él tan vilmente de si mismo. En cierta ocasion pidió un Señor Obispo de la Puebla al P. Provincial que le enviase al hermano Fr. Bartolomé: fué este, y queriendo el Illmô. Príncipe que se hospedase en su propio palacio, por gozar de su comunicacion mas de cerca, no pudo conseguirlo, pues por mas que hizo para persuadirselo, no lo permitió su humildad. En otra ocasion le mandó la obediencia venir à México à ver à los Exmôs. conde y condesa de Salvatierra, vireyes de N. E., quienes se edificaron mucho con su santa y afable conversacion: y pidiéndole se encargase de sus almas, respondió con humildad y resolucion: *no haré tal, que es mucho lo que tengo que hacer con la mia.*

23. Quando hablaba con el Sr. D. Alonso de las Cuevas, arcediano entónces de la Puebla, y despues obispo de Oaxaca, y arzobispo de México, que gustaba mucho de su devota y espiritual comunicacion, era tanto lo que se abatía y encogía su humildad en su presencia, que parece le faltaba tierra en que esconderse de puro confuso, de ver estimada su pequeñez è indignidad por un varon tan dignificado y tan santo. Habiendo vivido muy distraido cierto caballero, y deseando recogerse, le comunicó toda su relaxada vida al hermano Bartolomé, quien le respondió con tal espíritu en órden à no dilatar su conversion, y à

responder luego à Dios, y le exhortó con tales sentencias y razones que el caballero exclamó diciéndole: *padre, escriba en un libro todo lo que me ha dicho para que se reduzcan las almas que lo leyeren y obren en ellas el efecto que han obrado en mi sus palabras.* A lo qual respondió el humilde Bartolomé diciendo: *no es de mi profesion el escribir; libros tiene Dios en su iglesia y en ellos pueden aprender los que tuvieren necesidad de remedio.* No se si en esta respuesta mostrò mas humildad que sabiduria, pues en lo sentenciosa fué digna de la sabiduria de un Agustino, y en lo rendida digna de exemplo à la humildad de un S. Francisco.

24. Quien le asistió muchos años y fué testigo ocular de sus virtudes, dice, que como andaba Bartolomé tan fuera de sí, y todo absorto en Dios por su íntimo trato en la continua oracion, solia executar algunas acciones notables, y en los ojos humanos defectuosas: sobre lo qual le reprendian sus superiores, y se lo afeaban acedamente; pero el llevaba sus avisos y reprensiones, con mucha humildad y agrado, prometiendo en adelante la enmienda. El mismo compañero suyo se persuadia à que algunas de estas acciones las executaba con acto reflexo para que le tuviesen en poco, pues solia decir: *que la verdadera sabiduria era hacerse locos por Cristo, desear ser cor-*

regidos de otros, y en siendo con causa, (que las mas veces lo es, procurar enmendarse; y quando es sin ella, (como suele acontecer) alegrarse y dar gracias al Señor porque le ofrece aquellas ocasiones de merecer. Así lo sentia aquel humilde espíritu y así lo practicaba, previniéndose con esta consideracion, para aprovecharse en todos los lances que se ofrecian de ser reprendido, unos, que el mismo buscaba para practicar à imitacion de muchos Santos su buen dictámen, y otros que se venian rodados para darle Dios en que merecer, y que cumpliese su piadoso deseo de ser humillado. ¡Ah! quan agena se halla de esta doctrina la hinchada presuncion de los mundanos! Hácese particular estudio de atraerse la estimacion de los demas, y que le tributen la veneracion y rendimiento que no merecen ni deben recibir, y haciendo cada uno un Dios de si mismo, júz-gase digno de las mas profundas adoraciones. No se tenia Bartolomé en esta tan alta estimacion; sino que al contrario, envileciéndose asimismo, solo juzgaba dignos de honor y estimacion à los demas: y abrazándose con la cruz, con la humillacion y abatimiento, informado de los sentimientos del Apóstol, no pretendia saber otra cosa, que à Jesucristo crucificado, vivir en él, transformarse en él, y unirse à él con los estrechos lazos del amor mas ardiente.

De la oracion fervorosa del siervo de Dios, y de las virtudes que alcanzó por ella.

25. Siendo, como es, el exercicio de todas las virtudes un precioso joyel de las mas vistosas piedras les faltará el debido esplendor y brillantez, sino las ennoblece y hermoséa el bello lustre de la santa oracion. Ella es la escala por donde suben los hombres à Dios, y Dios baxa à los hombres: llave del cielo, manjar del alma, y escudo fuerte contra el poder de todos nuestros enemigos. En alas de esta virtud excelentísima subió nuestro Bartolomé hasta levantarse à la esfera de la mas alta contemplacion, conque parecia gozar ya de Dios, no como peregrino en el destierro, sino como comprensor y bienaventurado en la pátria. Para poder decir algo de aquellos primorosos reales que dió à su ilustre virtud y santidad el continuo exercicio de la oracion, era necesario tener à la mano las cuentas de conciencia y declaraciones de su espíritu que forzosamente daba à sus confesores y padres espirituales, que los tuvo de grande prudencia y magisterio espiritual en los conventos de Ocuyla y Malinalco, como lo fué el célebre P. Mrô. Fr. Juan de Grixalva, ya mencionado, y otros de su porté, porque solo estos, como directores de aquel elevado espíritu,

podian saber lo que en el fondo de él habia; y sin duda pasarian entre él y Dios muchas cosas dignas de saberse y admirarse: porque siendo Dios un bien por sí tan comunicativo, y sabiendo, como sabemos por las vidas de los Santos, que Dios no tiene límite en comunicarse à los que no ponen embarazo à su comunicacion; constándonos asimismo por la diligencia y observacion de los que conocieron y trataron à este varon illustre que estaba tan despegado del mundo, tan desasido de sí, y tan ageno ya de pasiones de carne y sangre, como sino fuera hombre sino ángel: ¿quién podrá, segun esto, dudar que toda su conversacion sería en los cielos? ¿Que su trato sería todo con Dios, y que Dios se entraria por su alma tan de avenida, que de ella se derramarian los abundantes riegos que producian tantas flores y frutos de heroicas virtudes como de él sabemos? Oigan, pues, los que desean saber como sería su oracion y como fuè este venerable varon, conforme testifica quien fuè su discípulo; y le comunicó y vivió con él tantos años.

26. En uno de los apuntes que este dió de su admirable vida, dice lo siguiente. „ Para decir algo de su oracion habemos de considerar un hombre que aunque vivia en el mundo estaba muy fuera de él, pues así lo menospreciaba y tenia debaxo de los pies: y aunque en carne era tan

nortificado, que ya no resistia ésta al espíritu, sino que le daba lugar para hacer todo quanto la razon le dictaba. De tal suerte moraba con los hombres en la tierra, que su conversacion era con los ángeles en el Cielo. Era tan perseverante y continuo en la oracion, como en todas las otras virtudes. Si se quieren decir las horas que tenia señaladas para la oracion, no se ha de decir como las que tienen otros de quienes se escribe por cosa grande (como lo es) que tienen quatro ó cinco horas, ó mas cada dia; sino que siempre oraba, su oracion era à todas horas, y su tiempo en todo tiempo, y el lugar para este santo exercicio era en todo lugar: y así oraba siempre, de noche y de dia, à la mañana y à la tarde, en la iglesia, en el coro, en la cueva y en la celda ó claustros, quando estaba en algun convento, en poblado y en todas partes donde se hallaba, como en su cueva, ó como en su desierto. Era esta la parte principal de su exercicio. Oraba (como dice el Apóstol) sin cesar, y en todo tiempo y lugar. Tan fácil estaba à todas horas, y tan dispuesto à recibir las influencias del cielo, como sino estuviera en la tierra, ni traxera sobre si el peso del cuerpo.

27. Hasta aquí su individuo compañero el R. P. Fr. Juan de S. Josef, cuyas palabras si se leen y consideran con el peso que deben, indican un

espíritu de tan levantada contemplacion, como la que tuvieron los Antonios é Hilariones habitantes de la Tebayda. Y verdaderamente que por medio de este famoso eremita hemos visto trasladado à las cuevas de Chalma el retiro, el silencio, la soledad, la contemplacion y el rigor de las asperezas y penitencias que se admiraron en Egipto y en Nitria. Una cosa testifica el dicho Fr. Juan de S. Josef, que aunque lo leemos de algunos Santos, no por eso disminuye lo singular de la elevada oracion de este estático varon, y es, el que habia alcanzado (así con el continuado uso de orar, como con la especial asistencia de Dios, que ya parece era don suyo) el juntar la contemplacion de Maria con la actividad de Marta; ó por mejor decir, el exercicio de los ángeles deputados à la custodia de los hombres que à un propio tiempo estan empleados en guardarnos à nosotros, y anegados en el gozo y la vista de la divina esencia. ¡Raro prodigio! que nada divirtiese de la presencia de su Dios à este contemplativo varon, ni el gobierno de las cuevas, ni el cuidado de asistir y proveer con puntualidad y caridad à tantos que solian concurrir à novenas de la santa imágen, ni el trabajo de manos, ni el descanso necesario de la noche, ni el hablar y contestar quando la necesidad y caridad lo pedia, ni el comer quando era forzoso, y lo que

mas debe admirar, ni aun el sueño, que mas parecia ser vigilia del alma, que suspension de los sentidos y descanso de su fatigado cuerpo; aquel desembarazo del alma entre los embarazos del cuerpo; aquel ver, oír, hablar, sentir y tocar las cosas exteriores para los humanos ministerios, sin que en lo interior el espíritu dexase un instante de tener à Dios presente por una viva y amorosa fé, y sin cesar de contemplarle y amarle, sin tener embarazo que se lo impidiese: es este, ciertamente, un estado connatural à los bienaventurados, el qual concede el Señor por privilegio en esta vida à sus señalados amigos, para que desde esta vida comiencen à gozar la tranquilidad de aquella pátria, donde ni el alma hace fuerza al cuerpo, ni el cuerpo es carga pesada para el alma. Tal fué nuestro V. Fr. Bartolomé, à quien nada divertia de su interior recogimiento y abstraccion, atendiendo á todo lo que era necesario, y estando en todas las cosas jamás salia de si, y ocupados sus sentidos en las funciones de su oficio y en los empleos de caridad, traía con todo eso el corazon tan desocupado de todo lo que no era Dios ó por Dios, que nada le inquietaba, nada le distraía y nada le turbaba. Singular prerogativa, que solo puede admirarse en tales almas, à quienes escoge el Señor para derramar en ellas el torrente de sus gracias.

Admirable incendio de amor divino que abrasaba su corazon, y extraordinarios efectos que en el causaba.

28. **E**l grande Agustino mi padre, como tan experimentado en la práctica del espíritu dice, que como el centro del alma es Dios, y el lugar de su quietud es el mismo Dios, ni puede segun esto tener desasosiego, sino fuera de Dios, ni puede tener inquietud estando en Dios. Aunque todo el mundo se trastorne, aunque todas las criaturas se inquieten, aunque bramen las fieras, aunque se alteren los elementos, aunque los mismos demonios contra tí peleen, si estas en Dios, todo este estruendo, todo este aparato de ruido se queda fuera y no llega al alma: los ojos lo ven; pero como sino lo vieran, porque ocupado el espíritu en solo Dios, ó no hallan resquicio por donde comunicarle su vista, ó si le dan parte, es tan de lexos, que ni le inquieta, ni le mueve su noticia, como si no la tuviera. Fr. Bartolomé con el exercicio de la soledad y continua abstraccion de las cosas del mundo, y mas con la gracia de Dios, habia llegado à este dichoso estado que gozan los Santos, y nosotros no podemos entender, porque estamos muy fuera de Dios y de nosotros. Esto es de lo que se lamen-

taba el mismo S. Agustin mi padre con su amigo Alipio, quando leyendo otro tanto del insigne eremita S. Antonio exclamó diciendo: *levántanse los indoctos, y arebátanse el cielo, aun viviendo en la tierra; y nosotros cargados de letras estamos sumergidos en las cosas del mundo: pensamos que sabemos y todo lo ignoramos, pues no sabemos como es esto.* Quiera Dios que conozcámos como el grande Agustino nuestra ignorancia, para que à su imitacion hagamos escala de ella misma para subir à tan alta sabiduría.

29. En esta interior soledad de criaturas, y ocupacion íntima del Criador, estaba tan dispuesta el alma de este siervo suyo para encender à soplos de la meditacion y contemplacion, aquel divino fuego que abrasa y no quema, que enciende el amor de Dios y consume el de las criaturas, que afirma el referido compañero suyo, *que le halló algunas veces orando tan encendido, que no parecia sino una brasa, y el rostro tan hermoso, destilando lágrimas de sus ojos, especialmente despues de comulgar. Otras dando muy grandes sollozos y suspiros, y grandísimos golpes en los pechos.* A un corazon tan bien dispuesto como lo estaba el de este espiritualísimo varon, no era menester mucha ocasion, ó mucha materia para levantar en sí llamas y aun incendios de amor divino. A un barril de pólvora sobra una centella por pequeña

que sea, para hacerlo arder y prorumpir en incendios. Qualquiera cosa que viese, qualquiera palabra que oyese tocante à su amado Señor, prendia de suerte su enamorado corazon, que sin estar en su mano se lo abrasaba con tal ímpetu y vehemencia, que parecia que levantándose del pecho en que estaba, queria arrancarse y salir de la estrecha cárcel del cuerpo para volar á su Dios con las alas del amor que en él se encendia.

30. De esta impetuosa violencia, que con las ocasiones que el varon de Dios encontraba, y los demas ignoraban porque no tenían ojos como él para verlas, se encendia y excitaba el fuego que en sus amorosas entrañas ardia que parecia un volcan que reventaba. Y como à las reventazones de estos suelen proceder ruidosos fragores y estruendos que salen de sus cavernas; así tambien en él precedian à estos amorosos ímpetus unos gritos tan terribles, y unos quijidos tan espantosos que atemorizaban à los que los oian. De aquí se originaba, que quando los religiosos que con él vivian (ya en el convento, ó ya en sus cuevas, como de ordinario sucedia) oian estos clamores, los extrañaban de suerte que se ponian en huida y se escondian ó se encerraban por dos motivos, el uno porque parecian lamentos de la otra vida, y en realidad lo eran, pues eran efectos de aquella vida que él vivia tan diferente de la que viven los

demas de este mundo; y el otro porque así como quando en las entrañas de los volcanes reventia el fuego que oculto arde en ellas, arrebatava y lleva tras sí quanto encuentra: así el venerable varon, sin estar en su mano, no cabiéndole en el pecho ni en el corazon, en todo él, se abrazaba con qualquiera que encontraba, ya fuese eclesiástico ó ya seglar, y lo apretaba con tanta fuerza, quanta era la del ímpetu de espíritu que à él le abrasaba interiormente, porque en realidad ni estaba en sí, ni por consiguiente estaba en su mano el distinguir de personas, cumpliéndose en él estas ocasiones el proloquio: *agebatur, & non agebat*, pues se habia ó determinaba como parte meramente pasiva, como la piedra que es arrojada ó impelida, sin que haya en ella facultad para resistir al impulso; por lo qual no se iba él hàcia los que veia, sino á los que era llevado: y aunque estuviese muy débil y casi sin fuerzas corporales como solia, corria con aquel impulso interior, con tal ligereza, que parecia un viento. Era motivo de executar tales acciones el que como con la violencia de aquel ímpetu interior se arrebatava, corria sin reflexar lo que hacia, y se abrazaba con quien primero encontraba, como para detenerse ó asirse de otro cuerpo, é impedir que el suyo fuese levantado por el ayre. De estas tales acciones (que algunos mirándolas con prudencia humana

juzgaban por desatención y falta de respeto, principalmente á los sacerdotes) se le ocasionaron algunas persecuciones, y quisieron irle á la mano en lo que él no era señor de sí, no considerando que es imposible que se encienda una mina de pólvora, sin que al reventar haga los movimientos que en Bartolomé hacía el volcan del amoroso fuego que ardia en su corazón y no cabia dentro del pecho.

31. Raros efectos del divino amor! mas no tan raros que no se hayan verificado en otras personas espirituales de la calidad que en nuestro Fr. Bartolomé. El historiador de su vida (49) refiere haber oído contar al R. P. Fr. Juan de San Miguel, sugeto benemérito por sus relevantes prendas de púlpito, y otras naturales y superiores que tuvo, el que hallándose en cierta ocasión en el santuario de Chalma hizo Fr. Bartolomé con él semejante demostración á las que quedan dichas; de la qual él no se escandalizó, pues como tan noticioso sabia que lo mismo habia con otros sucedido, y como conocia el principio de donde provenia no lo extrañaba; pero que habiendo el V. Bartolomé vuelto en sí de aquella enagenación le advirtió diciéndole, que quando le acometiesen aquellos ímpetus procurase retirarse donde no

(49) El P. Francisco Florencia en su descripción histórica del santuario de Chalma.

pudiese executar aquellas acciones que causaban á otros escándalo y daban que decir á algunos. El consejo no pudo dañarle, y fué tan cuerda y discreta advertencia que sin que el padre la hiciera, la executaria el venerable hermano si estuviera en su mano el prevenir su execucion, pues como le venian del cielo estos raptos era necesario que de allá tambien se le anticipara la noticia del tiempo y lugar en que le habian de acometer para poder con anticipación prevenirlos. *Spiritus ubi vult spirat. Et ubi erat impetus spiritus, illuc ferebatur.* (oo) El espíritu que moraba en él soplabá la llama del amor divino quando y adonde queria, y él era llevado con el ímpetu del mismo espíritu, no adonde queria su voluntad, sino adonde la de Dios queria.

CAPITULO VII.

Maravillosos éxtasis que padecía en fuerza de su abstracción, y de su elevada oración.

32. Quando una alma llega á unirse íntimamente con su Dios, de tal suerte anhela por subir á gozar las delicias de aquel sumo Bien, que le son tristemente gravosas las mortales cadenas de su cuerpo: y oprimida de este duro peso se

(oo) Ezeq. cap. 1. v. 12.